



AGRAVIOS Y DESAGRAVIOS DE LA REYNA SULTANA.

RELACION QUE DA CUENTA, COMO SIENDO FALSAMENTE acusada, y sentenciada á muerte por un falso testimonio que le levantaron quatro Caballeros Moros, quatro Caballeros Cristianos la defendieron, y libraron de la muerte; y como al fin se hizo Cristiana.

Anten gloriosos elogios
 con acordes consonancias
 el triunfo mas memorable,
 que ha habido entre espada y lanza,
 y de un cauteloso agravio
 la mas heroyca venganza.
 En el tiempo que en Granada
 tremolaban los Alárabes
 banderas mahometanas,
 entre las nobles familias,
 eran quien mas la ilustraban
 los Alabeces, Gazules,
 Zegries, Gomeles, Mazas,
 Ayarques y Reduanes,
 y aquella tan sublimada
 familia de Abencerrages,
 que tenia afianzada
 de Andalucía Rey la corona,
 por su mucha confianza.
 Al verlos favorecidos
 tanto del Rey, se abraraban
 en envidia los Zegries,
 y con cauteloso infamia
 intentaron derriharles
 el favor del Rey y gracia,
 diciendo que Albin Hamete
 Abencerrage trataba



torpemente con la Reyna,
 é injustamente intentaban
 levantarse con el reyno,
 dando al Rey muerte tirana.
 Así al Rey lo propusieron,
 que amortecido quedaba.
 Que eran testigos de vista
 decian, y por ser clara
 verdad, lo defenderian
 públicamente en campaña.
 Quando el Rey en sí hubo vuelto,
 dixo, ardiendo en viva rabia:
 todos los Abencerrages
 hoy han de morir; y manda
 que los llamen uno á uno,
 y con este ardid y traza
 degolló hasta treinta y seis:
 y con todos acabara,
 á no revelarlo un page.
 Alborotóse Granada,
 dividida toda en bandos,
 y á gran desdicha llegára,
 si el muy valeroso Muza
 todo no lo sosegara.
 Mandó el Rey llamar los Grandes,
 y juntos en la real sala,
 salió el Rey todo enlutado,
 y les propuso la causa:

que eran los Abencerrages
traydores, pues intentaban
quitarle el reyno y la vida;
y que la Reyna trataba
con Albin Hamete amores,
habiendo dentro en la sala
quatro testigos de vista,
que unánimes declaraban.
Levantóse allí, diciendo
un Almoradí en voz alta;
es la Reyna muy honesta,
y en ella no cabe mancha;
y esos caballeros mienten,
y lo mantendré en campaña,
Dixo aquí el discreto Muza:
lo que importa es el llamarla
aquí á presencia de todos,
y la acusacion se haga.
Vino con pompa y grandeza,
con sus doncellas y damas.
Dixo Muza: Reyna hermosa,
sabrás, como aquí en la sala
hay Caballeros que ponen
dolo en tu honor y tu fama,
y que con Albin Hamete
la ley conyugal quebrantas.
Este juicio se remite
al tribunal de las armas:
quatro son los que te acusan,
otros quatro por tí salgan
á defender lo contrario,
y si vence tu arrogancia,
tu honor queda acrisolado;
mas si queda la campaña
por los quatro que te acusan,
se amancillarás tu fama,
y por alcoranas leyes
tienes de morir quemada;
treinta dias hay de plazo.
Ella sin turbarse en nada,
mirando á un lado y á otro,
como que se hallaba salva,
viendo que los circunstantes
muy mesurados estaban,
tuvo por cierta evidencia
lo que discurrió ser chanza.
Y dixo muy animosa,
con gallardía bizarra:

qualquier Caballero Moro,
que en mi honor ha puesto tacha,
miente traidor y villano;
y aquí ahora sin tardanza
pónganme la acusacion
tan sin fundamento y falsa,
que yo confio en Alá,
que me ha de sacar en palmas.
Y guardando ceremonias,
los traidores se levantan,
y ponen su acusacion
con todas las circunstancias.
La triste Reyna afligida
se despoja de sus galas,
y en la torre de Comares
mandó el Rey asegurarla,
con la órden muy expresa,
que no fuera visitada
de nadie, sino de Muza
por ser de su confianza.
De sus damas se despide,
llevándose en su compañía
tan solo la mas querida,
que era la hermosa Esperanza.
En tan amargo conflicto
tal vez ya desesperada
queria abrirse las venas,
porque no se les lograra
el ver su muerte afrentosa.
Y animándola Esperanza,
le dixo: sabrás, señora,
que yo conozco en mi patria
un famoso Caballero,
que Don Juan Chacon se llama,
y sé que si de él te vales,
libre ha de quedar tu fama.
La Reyna tomó el consejo,
y al punto escribió una carta,
diciendo: señor Don Juan,
á quien realza la fama
gran Señor de Cartagena,
por estar bien informada,
que agenas honras defiendes,
y que al desvalido amparas,
esto, señor, me ha obligado
á escribirte mi desgracia.
Yo Reyna Sultana triste
necesito que me valgas:

K. 22085

por un testimonio falso
soy de adúltera acusada;
y por Alá te aseguro,
que sin causa estoy culpada.
Y si no doy Caballeros,
que me defiendan sus armas,
la sentencia de mi muerte
se ha de ver excentada.
Quatro son los que me acusan,
y otros quatro la ley manda
sean los que me defiendan.
Si por ser infiel reparas,
yo creo en Dios uno y trino,
y en su Madre soberana,
y el santo bautismo pide
con mil deseos el alma.
La carta leyó Don Juan,
y notando que Cristiana
queria hacerse la Reyna,
se determinó librarla.
Y escribiendo la respuesta,
la cifró en estas palabras:
el postrer dia del plazo
estaremos en Granada
yo y otros tres Caballeros,
y en esto no ha de haber falta.
No digo mas. Talavera.
Buscó Don Juan sin tardanza
á tres nobles Caballeros
de mucho valor y fama,
Don Manuel Ponce Leon
fue el primero que buscaba,
Don Alonso de Aguilar
por segundo le nombraba,
y por tercero al Alcayde
de los Donceles señala.
Así que juntos los tuvo
les manifestó la carta,
y ofreciéndose gustosos,
sugieron que iban á caza.
Todos la arábiga lengua
con destreza la cortaban;
y sobre las finas armas
llevaban trage turquesco,
porque á su intento ayudaba.
Dispuestos para el camino,
aceleraron la marcha,

y llegando á darle vista
á la vega de Granada,
se metieron en el soto,
en donde la noche pasan.
Y á proseguir su camino
saliendo por la mañana,
vieron que venia un Moro:
aguardaron que llegara,
y hablándole en su language,
alegres le saludaban;
no menos bizarro el Moro
correspondió á sus palabras.
Luego al punto les pregunta,
quién eran, ó qué buscaban?
Somos Genízaros Turcos,
dixeron, y desde Adra
hemos venido á estas vegas,
que nos han dicho que andan
ciertos Cristianos por ellas,
que hacen dañosas entradas,
y deseamos hallarlos,
para herirlos en batalla.
Dixo el Moro: en cada uno
vereis un Marte en campaña;
vamos andando, que yo
os contaré sus hazañas:
y les refirió de paso
quanto sucede en Granada.
Llegada la triste hora,
baxan la Reyna enlutada,
y todos los Caballeros
iban con sus negras bandas.
Aquí fueron los lamentos
por valcones y ventanas,
los llantos y gritería
que toda la gente armaba,
de ver su afligida Reyna
llorando todas las damas.
Y luego al instante mismo
que llegó á la Vivarrambra,
la subieron al tablado,
y en tal estrado sentada,
quedó la Reyna llorosa,
muy triste y desconsolada,
hechos sus ojos dos fuentes,
toda de penas cercada.
Y en otra segunda parte
proseguiré lo que falta.

SEGUNDA PARTE.

ERan las dos de la tarde
 sin haber dispuesto nada;
 levantóse un Caballero,
 diciendo aquestas palabras:
 Señora, qué determinas?
 pues si el término se pasa,
 se pondrá en execucion
 la sentencia promulgada.
 Aquí hay muchos Caballeros
 de grande valor y fama,
 que te quieren defender,
 solo tu licencia aguardan.
 La Reyna dió por respuesta:
 por estar apalabrada,
 aguardaré otras dos horas;
 y si veo me hacen falta,
 admiraré la fineza
 de aquellos que bien me hagan.
 No se pasó media hora,
 quando oyeron grande zambra:
 fue que entraron quatro Turcos
 con un Moro, en quien reparan,
 y ser Gazul conocieron,
 pero á los Turcos en nada.
 Llegó Don Juan al tablado,
 donde los Jueces estaban,
 pidió para hablar licencia
 con la Reyna dos palabras.
 Los Jueces la concedieron,
 fue donde la Reyna estaba,
 y porque todos lo oyesen,
 comenzó á hablar en voz alta:
 sepa vuestra Real Alteza,
 que las marítimas aguas
 nos aportaron á tierra
 en este lugar de Adra;
 y viniendo á recorrer
 estas vegas de Granada,
 hoy tuvimos la fortuna
 de saber vuestra desgracia;
 si quereis darnos licencia,
 tomaremos la demanda.
 Y con disimulo ayroso
 dexó caer una carta,
 que la Reyna alzó al instant,
 y dixo: yo confiada

estoy de que un Caballero
 me tiene dada palabra
 de venir con tres amigos
 y son de nacion cristiana.
 Respondió agudo Don Juan:
 aunque de sangre cristiana,
 somos Genízaros Turcos,
 sin reconocer ventaja
 al Caballero que dices.
 Respondió la Reyna: basta;
 desde luego doy licencia,
 dueños sois de aquesta causa
 en que por falsos traydores
 mi inocencia está agraviada.
 Corté: Don Juan se despide,
 y todos quatro se entraban
 con valor en la palestra,
 donde ya los aguardaban
 los quatro mantenedores
 dispuestos todos en ala.
 Picó el primero el Alcayde,
 y se fue con arrogancia
 donde estaban los traydores,
 y les dixo: por qué causa
 pusisteis de vuestra Reyna
 en tanto riesgo la fama?
 Y le respondió el Zegrí:
 porque en delicias profanas
 los quatro á la Reyna vimos;
 y sentidos de la infamia,
 al Rey lo participamos,
 manteniéndolo en campaña.
 Dixo el fuerte Alcayde:
 que es la Reyna honesta y casta,
 y enojado á lo valiente,
 con el cabo de la lanza
 le dió tan tremendo golpes,
 que si asegunda, lo mata.
 Desmentido y ofendido,
 el Zegrí enristró la lanza,
 y envistió para el Cristiano,
 y comenzó la batalla.
 Al gallardo de Alí Hamete
 le tocó por su desgracia
 el valiente Don Manuel:
 hizole á este tiempo cara
 Don Alonso á Mahandon,
 y Don Juan al que quedaba,

el valiente Mahandín,
que enristrando las dos lanzas,
partió el uno para el otro,
pareciendo que chocaba
un monte con otro monte,
y sin remediarse en nada,
ambos vinieron á tierra,
y sacando las espadas,
armaron tal herrería,
que las armas destrozaban.
A los primeros encuentros
por una treta impensada
el valeroso Don Juan
sacó en un muslo una llaga.
Quiso que volviese al cabo,
y volviendo sin tardanza,
Don Juan ya sobreavisado,
señaló una herida falsa:
el Moro acudió al reparo,
cubriéndose con la adarga;
pero rebatiendo el brazo
Don Juan con fuerza y pujanza,
todo un muslo le cortó
hasta cerca de la caña.
El Moro quedó burlado,
y antes que se recobrara,
alzó su brazo invencible,
y le dió tal cuchillada,
que le cercenó el pescuezo:
le asegundó, y como echaba
tanta sangre, fue bastante
á trastornarle de espaldas,
y rebolcado en su sangre,
acabó en mortales asrias.
Como Don Juan lo vió muerto,
á Dios rindió muchas gracias,
y montando en su caballo,
allí házia un lado se aparta.
Mahandón á Don Alonso
le dixo: dexa que vaya
ahora á vengar de mi hermano
la muerte, que esta batalla
después la concluiremos.
Don Alonso dixo: calla,
y tu defensa procura,
que en el grado en que se halla
tu hermano, te verás presto,
pues ha de quedar vengada.



hoy de los Abencertages
tanta sangre derramada.
Encolerizado el Moro,
con furia arrojó la lanza,
y al revolver Don Alonso,
al caballo por la hijada
se le entró el agudo hierro,
quedándose atravesada.
El bruto muy mal herido,
dando saltos se quejaba,
sin sujetarse á las riendas,
y temiendo una desgracia,
de él se arrojó Don Alonso,
y confiado en la ventaja,
el Moro le acometió.
Don Alonso al ver llegaba
á dar sobre el el caballo,
daba un salto y se apartaba.
Y al Moro le dixo ayrado:
si en apearte te tardas,
te he de matar el caballo,
que esa es accion muy villana.
Con esto el moro se apea,
y sacando las espadas,
allí empesaron de nuevo
la sangrienta y cruel batalla.
Tuvo ocasion Don Alonso,
y como diestro, la espada
se la entró por un vacío,
y le dió una herida mala.
El Moro airado y soberbio
á Don Alonso descarga
tan desafortado golpe,
que el aguilá que llevaba,
le cortó, y en la cabeza
una mala herida saca;
y picado Don Alonso,
antes que le asegundara,
por entre la abrochadura,
y la junta de las armas
la aguda espada le entró,
y le pasó las entrañas.
Cayó amortecido el Moro,
y agonizando allí acaba,
de lo qual dió Alonso
á Dios muchas alabanzas:
con el caballo del Moro
fue á donde Don Juan estaba.

Don Manuel y Ali Hameto
fuertemente peleaban
á pie, pues ya los caballos
rendidos del todo estaban,
Don Manuel con cinco heridas,
y el Moro con cinco malas.
Anda al rededor el Moro,
haciendo mil carabanas,
tirando á diestro y siniestro
rebases y cuchilladas.
Don Manuel se estaba quieto,
aguardando se acercara,
y quando lo tuvo á trecho,
alzando brazo y espada,
tan recio golpe le dió,
que cortó casco y adarga,
y parte de la cabeza.
Cayó el Moro ardiendo en rabia,
y volviendo en pie á ponerse,
le dió con la cimitarra
á Don Manuel en el hombro,
pero no le ofendió en nada;
y alzando el invieto brazo,
le dió tan gran cuchillada,
que la cabeza le undió
hasta cerca de la barba.
Al instante cayó el Moro,
y allí sin remedio acaba:
alzó Don Manuel los ojos,
y á Dios le rindió mil gracias,
y montando en su caballo,
fue á donde los dos estaban.
El Alcayde y el Zegri,
blandiendo entrambos las lanzas,
se encontraron los caballos,
y los dos á tierra saltan,
y con la espada en la mano
empiezan nueva batalla.
Viendo el Moro que el Alcayde
no le cedia ventaja,
muy confiado en sus fuerzas,
porque eran agigantadas,
se abrazó con el Cristiano,
y un grande rato luchaban,
quando el muy astuto Alcayde
se acordó de que llevaba
un puñal, y en el sobaco
repitió dos puñaladas;

y el Moro muy mal herido
furioso sacó una daga
para herirle, y no podia,
por ser la hoja muy ancha.
Tercera vez el Alcayde
le metió por una hijada
el puñal, y cayó el Moro:
y allí antes que acabara,
puesta la rodilla al pecho,
le obligó que confesara
la traicion, y que los Jueces
viesen lo que declaraba.
De parte pues de la Reyna
mil instrumentos sonaban
en señal de la victoria.
Muza se fue en su compañía
por el Zaeatin arriba,
é iban haciendole salva
los muy sonoros clarinetes,
hasta llegar á la Alhambra.
Allí fueron bien curados,
la Reyna los visitaba,
rindiéndoles mil aplausos,
y la siguiente mañana
marcharon, por ser preciso,
y alegre toda Granada
con rendidas expresiones
el valor victoreaba
de los Turcos mas bizarros
en la accion mas arriesgada.
Y en otra tercera parte
se dirá lo que aquí falta.

TERCERA PARTE.

Habiéndose despedido
de la discreta Sultana
aquellos quatro Cristianos,
que en la otra segunda plana
dixó que la defendieron,
dexando limpia su fama,
dando muerte á los alevés,
que traydores la infamaban,
y haciendó que por su boca
esta verdad declararan:
quedó esta noble señora
muy triste y desconsolada,
sintiendo mucho su ausencia;
y al verse tan obligada,

agradecida quisiera
el partirse en su compañía,
para recibir gozosa
con el bautismo la gracia.
Tres años con desconsuelo
vivió, por verse privada
de este favor, hasta tanto
que el cielo habrió puerta franca
á sus vivas diligencias,
porque el deseo lograra.
El Campeon invencible
y Católico Monarca
Don Fernando, que ahora mora
entre angélicas esquadras
en toda la Andalucía
dexó sus lunas menguadas,
y viéndose dueño de ella,
para que mas se exáltara
la fe en todo el continente
de nuestra invencible España,
al compás de los clarines,
de los pífanos y cajas,
guió el campo, siendo el mismo
adalid que lo animaba,
con su dichosa consorte,
bella emulacion de Palas.
Conquistando valeroso
todo el reyno de Granada,
todos los pueblos miraron
su soberbia avasallada,
menos la ciudad: por tanto
el fiero Leon de España
mandó que inmediato á ella
de la noche á la mañana
otra poblacion formasen
en los ojos de Güezarca,
cuya fábrica idearon
con disposicion gallarda
quatro grandes de Castilla,
con quatro muy dilatadas
anchas y espaciosas calles,
puestas en cruz: y allá al alba,
quando el Católico Rey
llegó á verla, se admiraba,
porque siendo de madera
y de lienzo, denotaba
ser un fuerte inexpugnable,
no solo por sus murallas,

almenas y torreones,
sino por verla adornada
de un baluarte muy grande,
que horror á Marte causaba.
Le dió timbre de ciudad,
y quiso que se llamara
Santa Fé, dándole muchos
privilegios que aun se guardan.
Quando los Moros la vieron
tan brebemente fundada,
concebieron mucho miedo,
acrescentando sus ansias
sus muros, sus torreones,
sus almenas y atalayas.
Aquí sentó los reales
su Alteza, donde formaban
las lanzas y los mosquetes
una maleza intrincada.
Aquí Moros y Cristianos
continuamente lidiaban,
en cuyas escaramuzas
siempre lo mejos llevaban
los Cristianos, siendo azote
de la soberbia pagana.
Aquí fue donde aquel Moro
con despuedo y arrogancia
llegando junto á las tiendas,
á todos desafiaba,
y para mas irritarles,
con grande escarnio arrastraba
en la cola del caballo
de la Virgen sacrosanta
el Ave Maria escrita:
cuyo orgullo; cuya infamia,
sin obtener la licencia
del Rey, llegó á castigarla
Garcilaso, aunque muy jóven;
pues dáudole con la lanza
por debaxo del sobaco,
en tierra lo derribaba,
y apeando del caballo,
con los filos de su espada
cortándole la cabeza,
del arzon quedó colgada:
y quitando del caballo
del Ave pura la tarja,
la betó y formó estandarte
en la punta de la lanza,

y con entrambos caballos
para el real caminaba,
donde el Rey mandó prenderle,
y la Reyna lo indultaba;
pues si salió sin licencia,
adquirió lauros y fama,
dándole conformes todos
elogios por tal hazaña.
Al cabo de treinta dias
que su Alteza se acampaba
en Santa Fe con sus tropas,
se determinó entregarla
el Rey Moro, y para ello
á su hermano Muza manda,
que acompañado de muchos
de las mas nobles prosapias,
vaya por Embajador,
y que diga en su demanda,
que el Rey Andalí su hermano
le hará entrega de Granada,
con todas sus fortalezas;
pero que le suplicaba,
que usase de la elemencia
que con los demás usaba,
sin perjudicar los bienes
del que quedase en España,
como ni impedir el paso
al que al Africa se parta.
Todo lo qual otorgado
por el piadoso Monarca,
en compañía de su esposa,
y mucha gente esforzada,
fue á tomar la posesion
de ciudad tan deseada.
Y junto al Genil salió
el Rey Chico, y le entregaba
las llaves de la ciudad,
y subiéndose á la Alhambra,
en la torre de Comares
levantó la señal santa
de la Cruz, y de allí á poco,
de Fernando y de su amada
esposa el regio estandarte.
Y luego los Reyes de armas
dixeron en altas voces,
que todos las escucharan:
el Rey Don Fernando viva,
y que reyne edades largas

F

con Doña Isabel su esposa:
por ambos desde hoy Granada.
La real Capilla entonó
el *Te Deum*, y fue tanta
la alegría, que de gozo
todo Cristiano lloraba.
Tañian mil instrumentos
por las calles y las plazas,
y quando vino la noche,
fuegos hubo y luminarias,
jugando galanamente
las alcancias y cañas.
Y luego el dia siguiente
todos los Grandes de gala
visitaron á los Reyes,
y al bezar sus manos blancas,
de Granada y de su reyno
lo juraron por Monarca.
Fue tambien á visitarles
muy gozosa la Sultana,
y siendo bien recibida,
reveló lo que archivaba
ya tres años en su pecho,
que queria ser Cristiana.
Y los Reyes muy alegres
ofrecieron ampararla,
sirviéndole de padrinos,
y el nuevo Arzobispo el agua
le echó del santo bautismo,
y quisieron se llamara,
si Sultana, siendo Mora,
Doña Isabel de Granada.
Y casandola despues
con un jóven, que gozaba
esclarecidos blazones,
su Alteza con mano franca
le dió en dote dos ciudades;
y ella á su esclava Esperanza
de Hita le dió libertad,
y se fue á Mula su patria.
El Rey Chico se partió
para el Africa, en compañía
de los Gomeles muy triste,
pues real cetro no empuñaba;
y en Africa alevos manos
le dieron la muerte infesta.
Y con esto el auditorio
disimulará las faltas.

N.